

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

## Medida por medida

Hace más siglos de los que me gustaría contar, el pueblo de Viena estaba gobernado con demasiada suavidad. La razón era que el duque reinante, Vicente, era excesivamente bondadoso y no le gustaba ver infelices a los delincuentes.

La consecuencia fue que el número de malhechores en Viena fue suficiente para que el Duque moviera la cabeza con pena cuando su secretario jefe se lo mostró al final de una lista. Por lo tanto, decidió que los malhechores debían ser castigados. Pero le gustaba mucho la popularidad. Sabía que, si de repente se mostraba estricto después de haber sido flexible, provocaría que la gente lo llamara tirano. Por esta razón dijo a su Consejo Privado que debía irse a Polonia por importantes asuntos de estado.

—He elegido a Ángelo para gobernar en mi ausencia — dijo.

Ahora bien, este Ángelo, aunque aparentaba ser noble, en realidad era un hombre malvado. Había prometido casarse con una mujer llamada Mariana, y ahora no tenía nada para decirle, porque su dote se había perdido. Entonces la pobre Mariana vivía desamparada, esperando cada día los pasos de su tacaño amante, y todavía amándolo.

Habiendo nombrado a Ángelo su suplente, el Duque se dirigió a un fraile llamado Tomás y le pidió un hábito de fraile e instrucciones en el arte de dar consejo religioso, pues no tenía intención de ir a Polonia, sino de quedarse en casa y ver cómo gobernaba Ángelo.

Ángelo no había estado ni un solo día en la oficina cuando condenó a muerte a un joven llamado Claudio por un acto de egoísmo temerario que hoy en día solo se castigaría con una reprimenda.

Claudio tenía un amigo querido llamado Lucio; Lucio vio una oportunidad de libertad para Claudio si la hermosa hermana de Claudio, Isabela, le suplicaba a Ángelo. Isabela vivía entonces en un convento. Nadie había conquistado su corazón, y pensaba que le gustaría convertirse en novicia o monja.

Mientras tanto, a Claudio no le faltaba un abogado. Un anciano, Escalus, era partidario de la clemencia. —Cortemos un poco, pero no matemos —dijo—. Este caballero tuvo un padre muy noble.

Ángelo no se conmovió.

—Si doce hombres me encuentran culpable, no pido más piedad de la que está en la ley.

Ángelo ordenó entonces al procurador que Claudio fuera ejecutado a las nueve de la mañana del día siguiente.

Tras la emisión de esta orden, Ángelo fue informado de que la hermana del condenado deseaba verlo.

—Déjala pasar —dijo Ángelo.

Al entrar con Lucio, la hermosa muchacha dijo:

—Soy una lamentable pretendiente de su Señoría.

—¿Sí? —dijo Ángelo.

Ella se sonrojó ante su frío monosílabo y el rubor aumentó la belleza de su rostro.

—Tengo un hermano condenado a muerte —continuó—.

Condene la falta, se lo ruego, y perdone a mi hermano.

—Toda falta —dijo Ángelo—, está condenada antes de ser cometida. Una falta no puede sufrir. La justicia sería nula si el autor de una falta quedara libre.

Hubiera abandonado la corte si Lucio no le hubiera susurrado:

—Eres demasiado fría; no podrías hablar más dócilmente si quisieras un alfiler.

Así que Isabela atacó a Ángelo de nuevo, y cuando él dijo "no lo perdonaré", ella no se desanimó; y cuando él dijo "está sentenciado, es demasiado tarde", ella volvió al ataque. Pero toda su lucha fue con razones, y con razones no pudo imponerse sobre el sustituto.

Ella le dijo que nada se convierte en poder como la misericordia. Le dijo que la humanidad recibe y requiere misericordia del Cielo, que es bueno tener una fuerza gigantesca, y que había que usarla como un gigante. Le dijo que el rayo hiere al roble y perdona al arrayán. Le pidió que buscara la culpa en su propio pecho y que, si la encontraba, se abstuviera de convertirla en argumento contra la vida de su hermano.



Ángelo encontró en aquel momento una falta en su pecho. Amaba la belleza de Isabela, y estaba tentado de hacer por su belleza lo que no haría por el amor de un hombre.

Pareció ceder, pues dijo:

—Ven a verme mañana antes del mediodía.

Ella, en cualquier caso, había conseguido prolongar la vida de su hermano algunas horas.

En su ausencia, la conciencia de Ángelo le reprochó por haber jugado con su deber judicial.

Cuando Isabela lo llamó por segunda vez, le dijo:

—Tu hermano no puede vivir.

Isabela estaba dolorosamente asombrada, pero todo lo que dijo fue:

—Aún así, que el Cielo guarde a su Señoría.

Pero cuando ella se volvió para irse, Ángelo sintió que su deber y su honor eran leves en comparación con la pérdida de ella.

—Dame tu amor —dijo—, y Claudio será liberado.

—Antes que casarme contigo, moriría aunque tuviera veinte cabezas que poner sobre el cadalso —dijo Isabela, pues vio entonces que no era el hombre justo que pretendía ser.

Entonces fue a ver a su hermano en prisión, para informarle que debía morir. Al principio se mostró altanero, y prometió abrazar la oscuridad de la muerte.

Pero cuando claramente comprendió que su hermana podía comprar su vida casándose con Ángelo, sintió que su vida era más valiosa que la felicidad de su hermana, y exclamó:

—Dulce hermana, déjame vivir.

—¡Oh, cobarde infiel! ¡Desgraciado, deshonesto! —gritó. En ese momento se presentó el Duque, con hábito de fraile, para pedir hablar con Isabel. Se hacía llamar Fraile Lodowick.

Entonces el Duque le dijo que Ángelo estaba prometido a Mariana, cuya historia de amor relató. Entonces le pidió que considerara este plan. Que Mariana, vestida como Isabela, se presentase a Ángelo con un velo y le dijera, imitando la voz de Isabela, que si perdonaba a Claudio se casaría con él. Que tomara el anillo del dedo meñique de Ángelo, para que después se pudiera probar que su visitante era Mariana.

Isabela sentía, por supuesto, un gran respeto por los frailes, que son lo más parecido a monjas que pueden ser los hombres. Por lo tanto, aceptó el plan del Duque.

Se reunirían de nuevo en el granero del pantano, la casa de Mariana.



El Duque vio a Lucio en la calle quien, al verlo vestido como fraile, le gritó:

—¿Qué noticias tienes del Duque, fraile?

—Ninguna —dijo el Duque.

Entonces Lucio contó al Duque algunas historias de Ángelo. Luego contó una sobre el Duque. El Duque lo contradijo. Lucio se sintió

provocado y llamó al Duque "tonto, superficial e ignorante", aunque fingía amarlo.

—El Duque te conocerá mejor si yo vivo para reportarte

—dijo el Duque, sombrío. Luego preguntó a Escalus, a quien vio en la calle, qué pensaba de su señor ducal. Escalus, que imaginaba estar hablando con un fraile, respondió:

—El Duque es un caballero muy moderado, que prefiere ver al otro alegre a ser alegre él mismo.

Entonces el Duque procedió a llamar a Mariana.

Isabela llegó inmediatamente después, y el Duque presentó a las dos muchachas, que pensaron que era un fraile. Fueron a una habitación apartada de él para hablar de la salvación de Claudio, y mientras hablaban en voz baja y tono serio, el Duque miró por la ventana y vio los cobertizos rotos y los canteros negros de musgo, que delataban la indiferencia de Mariana por su vivienda en el campo. Algunas mujeres habrían embellecido su jardín; pero ella no. Ella era de la ciudad; descuidaba las alegrías del campo. Estaba seguro de que Ángelo no la haría más infeliz.

—Estamos de acuerdo, padre —dijo Isabela mientras se volvía hacia Mariana.

Entonces Ángelo se dejó engañar por la muchacha, a la que había apartado de su amor, y le puso en el dedo un anillo que llevaba, en el que estaba engarzada una piedra blanca que destellaba a la luz con secretos colores.

Al oír de su éxito, el Duque fue al día siguiente a la prisión, preparado para enterarse de que había llegado

una orden para liberar a Claudio. Sin embargo, no había llegado, pero le entregaron una carta al procurador mientras esperaba. Su asombro fue enorme cuando el procurador leyó en voz alta estas palabras:

—Oigan lo que oigan, Claudio debe ser ejecutado a las cuatro en punto. Que me envíen su cabeza a las cinco. Pero el Duque dijo al procurador:

—Debes mostrarle al diputado otra cabeza —dijo alcanzándole una carta y un sello—. Aquí están la mano y el sello del Duque. Les digo que va a volver, y Ángelo no lo sabe. Den a Ángelo otra cabeza.

El procurador pensó: "este fraile habla con poder. Conozco el sello y la mano del Duque". Y por fin dijo:

—Esta mañana ha muerto un hombre en la cárcel, un pirata de la edad de Claudio, con barba de su color. Mostraré su cabeza.

La cabeza del pirata fue debidamente mostrada a Ángelo, que fue engañado por su parecido con la de Claudio.

El regreso del Duque fue tan popular que los ciudadanos retiraron las puertas de la ciudad de sus bisagras para asistir su entrada a Viena. Ángelo y Escalus se presentaron y fueron muy elogiados por su gestión en ausencia del Duque.

Por lo tanto, fue tanto más desagradable para Ángelo cuando Isabela, apasionadamente furiosa por su traición, se arrodilló ante el Duque y suplicó justicia. Cuando su historia fue contada, el Duque gritó:

—¡A la cárcel con ella por calumniadora de nuestra mano derecha! Pero espera, ¿quién te persuadió para venir aquí?

—El fraile Lodowick —dijo ella.

—¿Quién lo conoce? —preguntó el Duque.

—Yo lo conozco, señor —dijo Lucio—. Lo golpeé porque habló en contra de su Gracia.

Un fraile llamado Pedro dijo en ese momento:

—El fraile Lodowick es un hombre santo.

Isabela fue retirada por un oficial, y Mariana se acercó. Se quitó el velo y dijo a Ángelo:

—Este es el rostro que una vez juraste que valía la pena mirar.

Con valentía la enfrentó cuando ella extendió la mano y dijo:

—Esta es la mano que lleva el anillo que pensabas dar a otra.

—Conozco a la mujer —dijo Ángelo—. Una vez se habló de matrimonio entre nosotros, pero la encontré frívola. Mariana declaró que estaban unidos por los más firmes votos. Ángelo replicó pidiéndole al Duque que insistiera en la presentación del fraile Lodowick.

—Aparecerá —prometió el Duque, y ordenó a Escalus que examinara a fondo al testigo desaparecido mientras estaba en otro lado.

En seguida reapareció el Duque en el personaje del fraile Lodowick, acompañado por Isabel y el procurador. Escalus, más que interrogarlo, lo insultó y amenazó. Lucio le pidió que negara, si se atrevía, haber llamado

tonto y cobarde al Duque, y le arrancarían la nariz por su imprudencia.

—¡A la cárcel con él! —gritó Escalus, pero cuando le ponía las manos encima, el Duque se quitó la capucha de fraile, y fue Duque delante de todos ellos.

—Ahora —le dijo a Ángelo—, si tienes alguna insolencia que aún pueda servirte, trabájala por todo lo que vale.

—Sentencia inmediata y muerte es todo lo que ruego — fue la respuesta.

—¿Estabas prometido a Mariana? —preguntó el Duque.

—Lo estaba —dijo Ángelo.

—Entonces cástate con ella inmediatamente —dijo su amo —. Cásalos y vuelve con ellos aquí —dijo al fraile Pedro.

—Ven aquí Isabel —dijo el Duque en tono tierno—. Tu fraile es ahora tu príncipe, y lamenta haber llegado demasiado tarde para salvar a tu hermano —pero bien sabía el pícaro Duque que sí lo había salvado.

—Oh, perdóname —gritó—, que en mi apuro utilicé a mi Señor.

—Estás perdonada —dijo alegremente.

En ese momento, Ángelo y su esposa volvieron a entrar.

—Y ahora, Ángelo —dijo el Duque gravemente— te condenamos al bloque en el que Claudio puso su cabeza.

—¡Oh, mi graciosísimo señor —gritó Mariana—, no se burle de mí!

—Comprarás un mejor marido —dijo el Duque.



—Oh, mi querido señor —dijo ella—, no anhele un hombre mejor.

Isabela, noblemente, añadió su oración a la de Mariana, pero el Duque fingió inflexibilidad.

—Procurador —dijo—, ¿cómo es que Claudio fue ejecutado a una hora inusual?

Temeroso de confesar la mentira que había impuesto a Ángelo, el procurador dijo:

—Recibí un mensaje privado.

—Queda relevado de su cargo —dijo el Duque. El procurador se marchó. Ángelo dijo:

—Siento haber causado tanto dolor. Prefiero la muerte a la misericordia.



Pronto hubo un movimiento en la multitud. El procurador reapareció con Claudio. Como un niño grande, el procurador dijo: —Yo salvé a este hombre; es como Claudio.

El duque, muy divertido, dijo a Isabel:

—Lo perdono porque es como tu hermano. También será como mi hermano si tú, querida Isabel, quieres ser mía.

Fue suya con una sonrisa, y el Duque perdonó a Ángelo y ascendió al procurador.

A Lucio lo condenó a casarse con una mujer robusta con la lengua amarga.

